

## Un desfile más de nuestra Semana Santa

**Turbas, sentimiento, belleza e incompreensión**

Sin aproximaciones, sin intentos de descubrir las raíces históricas, como un componente más de nuestra Semana Santa, con un color y una belleza plástica que las hacen únicas e inconfundibles. Día donde el desperdigado conquense se da cita, cuando las barreras kilométricas se reducen a centímetros y el albañil, ejecutivo, intelectual y profesional de cualquier oficio paridos en estas tierras han esperado todo un año para acompañar «al Jesús», para formar una turba y llenar el espacio con roncós sonidos de tambor y estridentes pitadas de clarín.

Montañas de papel se han redactado sobre las turbas. Unas plumas han ido en contra, otras, a favor. Se han realizado investigaciones sobre sus raíces, han intentado monopolizarlas, adjudicándolas a unos específicos nombres y apellidos. Como si las turbas fueran patrimonio de una determinada familia. Algunos no han llegado a comprender que el turbero es conquense. Conquense que a su vez es sostén de toda la Semana Santa, que ha arrimado el hombro de martes a jueves santos, y que incluso los hay que se cargan un banzo el Viernes Santo, en la procesión de El Calvario.

Las turbas, o la mal llamada «Procesión de los Borrachos», si se entienden como embriaguez las ansias, la espera de todo un año, el cariñoso automontaje de un tambor o la construcción artesana de un clarín, el vibrar de todo el cuer-

po cuando «el Jesús» asoma ya semanas antes de la fecha el conquense o turbo, que vive o no en la ciudad, descuelga su tambor, tal vez en esta ocasión hay que poner una piel nueva, el continuo palillear sobre el parche ha dejado huella; se limpia el clarín, se lavan las negras telas que enfundan la instrumental alma del turbo. Todo está dispuesto y preparado, la larga espera llegará a producir verdadera ansiedad y un continuo entusiasmo.

En el día de Jueves Santo flota en el ambiente ese olor penetrante y hechicero de turbas. Por la noche y hasta las cinco de la mañana las calles de Cuenca quedarán solas, esperando a que las pisadas del turbo le devuelvan el esplendor de la tarde anterior. «Tan sólo» unos miles de visitantes y turistas mal informados y con una concepción de nuestra Semana Santa totalmente errónea y fal-

sa, pernoctarán en busca de no sé qué por toda la ciudad, y lo más lamentable de todo es que aportan la nota negra y negativa de la jornada, y en cuanto a las turbas, se convertirán en cabeza de turco en estas fechas. Se preguntarán, como muchos años: ¿Dónde están los turbos? Los tambores y clarines están lejos, en su mayoría despiertos, no es el marco urbano lo que buscan las turbas antes de tiempo. Dar a la noche lo que es de



Dar a la noche lo que es de ella y al turbo lo que es del turbo. / Fotos: RAMON HERRAIZ

ella, y al turbo lo que es del turbo.

Viernes Santo, son las cinco y media de la madrugada o algo más. Cuesta de Botes, plaza de El Salvador e inmediaciones de la iglesia se van llenando de túnicas multicolor. También los amantes de la Semana Santa conquense no quieren perderse este momento, de una belleza plástica y un sentimiento más allá de la definición.

Los portones se abren, las manecillas o dígitos del reloj, junto con el corazón, se parali-

zan por unos momentos, las primeras pitadas, que marcan el inicio de las turbas, marcan también las casi seis horas que el conquense va a vivir intensamente este legado, que no importa ya de quién o su procedencia.

La euforia turística se calma, como si las turbas fueran el antídoto de esta, a veces, chusma incontrolada. El largo cinturón de participantes indirectos y puntuales semanasaneros conquenses, flanquean por am-

bas aceras la continua fluidez del desfile turbero, que no se verá interrumpido a lo largo de todo el recorrido.

Las turbas es un componente más de la procesión de los Nazarenos. ¿Qué sería de ella sin los pasos de la Caída, San Juan o de la respetadísima Soledad de San Agustín, y por su puesto de su predecesor, «el Jesús»? No le preguntéis al turbo por las turbas, y vedlo pasar.

Carlos ISERTE

po cuando «el Jesús» asoma timidamente por los portones de El Salvador, con las últimas tinieblas de una noche de reunión y he mandado o con las primeras rafagas luminosas de tan esperado día. Si, entonces las turbas son borrachas y los vapores etílicos desprendidos por cada uno de los poros del turbo impregnan totalmente cada rincón, placetuela, calle o esquina de un olor a pueblo, a Cuenca.